

XII

Pienso en las estaciones donde cogí un tren.
Soy incapaz de recordar con precisión
los murales cubiertos por el humo y la indiferencia,
el banco que prefiere
la aterciopelada mugre de los vagabundos,
las maletas llenas de secretos y banalidad,
el banderín rojo que flamea
como una amapola nocturna.
Únicamente consigo evocar,
hasta en los detalles más nimios,
el picante olor del acero recalentado,
que llena de congoja los andenes
cuando el chirrido de los frenos anuncia
que con el viaje termina la esperanza.



XIII

Ahora,
que las espigas están agostadas,
empieza a llover.

Ahora,
cuando ya no hay casi nadie en la sala,
tu disertación mejora.

Ahora,
durante las noches de insomnio,
los vecinos dejan, por fin, de hacer ruido.

Ahora,
que no tengo una pluma para escribir,
afloran las mejores ideas.

Ahora,
mientras la pena me esteriliza la matriz del alma,
quieres que disfrute de este reconocimiento tardío.

Ahora,
cuando ya nada importa,
te empeñas en satisfacer mis deseos.

Ahora,
que me quitas a Zenobia,
me concedes el laurel del triunfo.

Es nuestro amor tan excelso
que hasta Dios lo envidia,
y castiga el atrevimiento
de una pasión que lo anula.



XIV

La niebla ha encuadrado
la foliación pajiza del gallo ronco.
A escasos metros de donde yo reposo,
una culebra dejó su muda
con la indiferencia con que un albañil tira
el papel que envuelve su bocadillo.
Los jilgueros inician las acrobacias
sobre el fondo frágil de un caramelo
con sabor a oxígeno.
Entre las señales que indican el comienzo de un nuevo día,
me quedo con el humo agónico de la chimenea pobre,
con el etílico aroma de las almendras verdes,
con el trémolo concertante de los rebaños dispersos,
con cualquier cosa,
menos con mis ganas de nutrirme
de la vitalidad de los demás.

XV

¿Qué llevas en los bolsillos?
La llave que abre una cerradura de una puerta equivocada,
el dinero que no alcanza para pagar mis deudas,
el bolígrafo que en vez de tinta utiliza desvaríos,
un cuaderno sin hojas repleto de conceptos peligrosos,
unas migas de bizcocho reseca
y el juguete que mi hijo buscaba, desesperado,
la última vez que lo vi.
La impedimenta innecesaria
que da sentido a una vida casi perfecta.

NI TUYO

I

Estas manos de pastor
han desollado millones de corderos
sin el consentimiento de Él.
Se impuso la purificación,
la eugenesia,
el matadero industrial,
la carne envasada.
Te rogamos, Señor, que nos permitas descansar.
¿Dónde está la leche
que riega estos prados,
la oropéndola que escondes
en tus genitales?
Te rogamos, Señor, que nos permitas reír.

La próxima vez
basta una indicación tuya
y dejaremos de bordar amapolas
con el espray insecticida
que pusiste en nuestro hígado.
Te rogamos, Señor, que nos permitas preñarte
antes de cumplir tus profecías.

II

Menos muy menos
algo tan algo
rumbo a la nada
dentro por dentro.

Como una sístole
erre cual erre
subo bajando
bajo subiendo.

Álzame pluma
coge mi salto
hazte una trenza
con la pestaña.

Siempre será
salvo contigo
mete una estrella
donde la hubiere.



III

Encenagado campo de tristeza,
cielo raso de una celda desnuda,
toisón que adornas cubos de basura
mientras un buitre te come las llagas.

Llegó el momento de las alabanzas
y sin las manos debes lacerarte.
Delante tendrás este crucifijo,
el mismo que utilizan en asilos,
colegios y conventos, hecho de
miga de pan y madera podrida.

Cuando anochezca y suenen los timbales,
como los latidos amplificados
de un corazón en su caja torácica,
un oratorio elevará a los santos
el resol que deja tu encarnadura.
Juan de Yepes, dime dónde te escondes.



IV

Te han olvidado
en el rincón más oscuro
de la casa grande
porque ya no sirves,
porque ya no vales,
porque eres viejo.

En otro tiempo
los propietarios reñían
por conseguir tus favores,
pero ahora
nadie te hace caso
porque ya no sirves,
porque ya no vales,
porque eres viejo.

Buscas una segunda
oportunidad
para demostrar
que aún estás en forma
y con la misma
disposición de antes.

Aunque te haces notar,
nadie repara en ti,
y seguro que
muy pronto
encuentras por los pasillos

de la casa grande
a tu sustituto
porque ya no sirves,
porque ya no vales,
porque eres viejo.
Pobre perro,
pobre animal de compañía.



V

Las emanaciones grises de adormidera
me están ahogando.
En el pomo de la puerta
hay restos de lujuria y pintalabios;
por eso no quiero cruzar al otro lado.
Allí una sandía reventada
parece el globo ocular de un cíclope.
Hamlet y Electra esperan que se haga justicia
o que alguien compasivo
los convierta en nonatos.